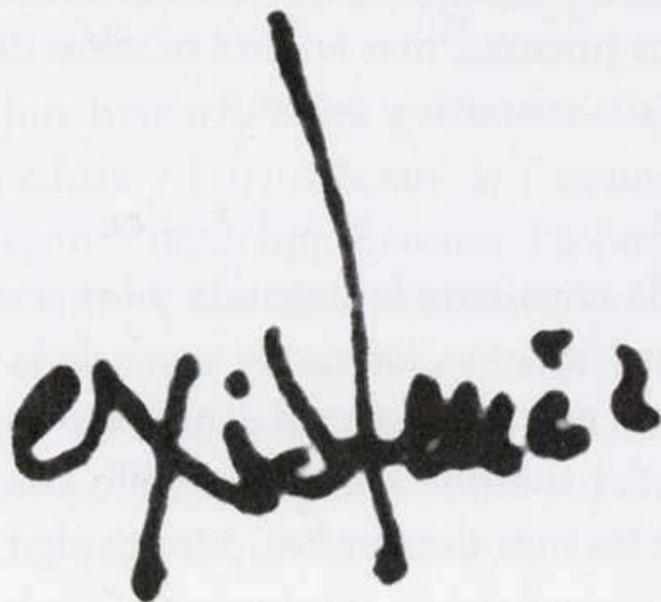


EL MUNDO EN UN BIBELOT

Fernando Iwasaki



«Los ensayos de dos o tres folios no aspiran a tanto. Se confoman con existir, con disfrutar de una existencia liviana y milagrosa»

FELIPE BENÍTEZ REYES, *Gente del siglo*

Después de seis años de perpetrar columnas en la prensa sevillana descubrí que tenía lectores cordobeses gracias a Felipe Benítez Reyes. Corría Enero de 1995 cuando le dediqué un piropo de contraportada y durante dos meses me dijeron de todo en la patria chica del Inca Garcilaso. Y conste que uno jamás ha cometido poesía. Y conste que por entonces ni soñaba con dirigir *Renacimiento*. Y conste que aquel artículo apareció ilustrado con una fotografía de José Ramón Ripoll. Por lo tanto, si aquellos enemigos no eran míos y al parecer tampoco de Ripoll, a la fuerza tenían que ser de Felipe Benítez Reyes.

Tratándose de Felipe

Desde aquel remoto elogio a *Un mundo peligroso* (1994) hasta mi última reseña de *El novio del mundo* (1999), nunca he dejado de comentar o reseñar los títulos de narrativa de Benítez Reyes. Siempre me ha deslumbrado su prosa, pero tengo que admitir que lo que más admiro son sus juegos de pensamiento y su personal sentido del humor, a caballo entre Borges, Ramón, Nabokov y Wenceslao Fernández Flórez.

Dueño de una mirada capaz de contemplar cualquier cosa con ojos nuevos e irreverentes, Felipe convierte las categorías en anécdotas a punta de risueños silogismos. Así, las solemnidades más graves y las verdades menos cuestionadas corren el riesgo de rechinar como un tigre de Lladró entre sus manos. El humor de Benítez Reyes es fruto de la perplejidad, primero, y de la lógica, después. Algo de todo ello hemos tenido ocasión de corroborar leyendo sus relatos, sus novelas y sus poemas, mas en esta ocasión deseo detenerme en sus artículos y ensayos, en sus crónicas y viñetas.

Escaparate de géneros

La literatura española consiente la bagatela y los textos volanderos que se arrumban en periódicos y revistas. La mayor parte de la obra de autores como Azorín, Julio Camba o César González Ruano tuvo esa vocación efímera, y así los escritores españoles siempre han prestigiado con su firma las publicaciones más exquisitas y las más desabridas, porque algo tienen que comer los escritores españoles.

Con todo, las selecciones y antologías de artículos nos reservan maravillosas sorpresas y por eso quiero referirme a los libros que Felipe Benítez Reyes ha compilado para regocijo de sus incondicionales: *Bazar de ingenios* (1991), *Gente del Siglo* (1996) y *El ocaso y el oriente* (2000).

La columna puede ser un ejercicio de estilo o un estilo de ejercicio. O sirve para adquirir conocimiento o para adquirir reconocimiento. Sin embargo, los artículos de Benítez Reyes no colman ninguna de las medidas anteriores porque Felipe no cultiva el género de la columna sino más bien cultiva sus géneros en la columna. Así, los artículos de Benítez Reyes son miniaturas de ensayo, ficción, crítica y poesía.

Uno agradece que Benítez Reyes no se haya acomodado bajo el umbral de las columnas, porque entonces no podríamos salir de los lugares comunes del estilo y el reconocimiento. ¿Se valora la inteligencia en un columnista? No. Se valora más la mala leche. ¿Se valora el sentido del humor en un columnista? No. Se valora más el recochineo. ¿Se valora que un columnista tenga lecturas? No. Se valora más que tenga lectores. Y así como el valor se le supone al guardia civil, al columnista se le supone estilo, reconocimiento, mala leche, lectores y recochineo. Pues bien, Felipe además tiene inteligencia, sentido del humor y lecturas. Benítez Reyes ha traspasado el umbral.

Maneras de leer

Los textos críticos y las reflexiones literarias de Felipe Benítez están compilados en *Gente del siglo*, un delicioso volumen en el que pasa revista a los libros y autores que le han hecho feliz, a pesar de Camilo José Cela y José Ángel Valente. En estos casos, la excepción confirma la regla.

Un escritor es ante todo lector, aunque en las letras españolas abundan novelistas que presumen de no haber leído a nadie. Por contra, en *Gente del siglo* Benítez Reyes se revela como un lector riguroso y exquisito que no escatima elogios ni a clásicos ni a contemporáneos. He ahí la originalidad de su perspectiva: Felipe demuestra ser capaz de leer a un clásico como a un contemporáneo y de comentar la obra de un contemporáneo como si fuera la de un clásico.

Así, Chesterton y Jon Juaristi, Wilde y Vicente Gallego, Nabokov y Abelardo Linares o Lampedusa y Luis Alberto de Cuenca se entremezclan en la glosa apasionada y elegante de Felipe Benítez. La poesía de Cernuda y la de Luis García Montero comparten una misma emoción. La lectura de Justo Navarro y T. S. Eliot comparten un mismo escalofrío. Los versos de Auden y Carlos Marzal tienen el mismo brillo de gema oscura. Benítez Reyes nos los devuelve a todos como «gente del siglo». Como sus contemporáneos.

No obstante, por las páginas de los ensayos literarios de Felipe desfilan luminosas las figuras de algunos autores olvidados y preteridos que luego han sido rehabilitados por Andrés Trapiello, Luis Antonio de Villena o Juan Manuel Bonet. Me refiero a González Ruano, Agustín de Foxá, Rafael Lasso de la Vega y Fernando Villalón —entre otros—, todos comentados por Benítez Reyes a comienzos de los ochenta, mucho antes de las actuales ediciones críticas y de los homenajes extemporáneos al uso.

De las reseñas, comentarios y apostillas literarias de Felipe, uno no desea que se le peguen sus maneras de escribir, sino sus maneras de leer.

Palco de asombro

En el epílogo de *El ocaso y el oriente* Benítez Reyes arriesga una definición del oficio de articulista, esa «tarea de hacer públicas sus opiniones sobre el mundo en abstracto y sobre sus fenómenos cotidianos en concreto». Me propongo demostrar que en el caso de Felipe esa tarea es esencialmente literaria.

Por una parte tenemos brevísimas ficciones como «Merlín por correspondencia», «Travesti y calvo», «Desiderata» o «De rerum natura», donde lo fantástico se plantea como uno de esos «fenómenos cotidianos en concreto». Después de todo, la televisión, el esoterismo rampante y especialmente la política constituyen una materia literaria nada desdeñable.

Sin embargo, es a través de las «opiniones sobre el mundo en abstracto» como Benítez Reyes derrama su mirada irónica e irreverente, atónita y cartesiana:

...la cosmovisión debe de ser una cuestión de ADN filosófico o de RH patafísico relacionada con las ostras, las gaitas, los centollos y los percebes, porque las cosmovisiones suelen estar muy relacionadas

con los signos externos de identidad y con los productos comestibles que da una tierra (*El ocaso y el oriente*, p. 118).

Felipe recurre con maestría a la reducción por el absurdo para demostrarnos de manera desternillante la relatividad de las cosas. Así, entre el silogismo y la greguería Benítez Reyes ridiculiza las presuntas verdades inmutables de nuestro tiempo:

Por no se sabe qué misterio, la sinceridad pasa por ser una de las virtudes nobles del espíritu, aun teniendo méritos de sobra como para poder aspirar al rango de pecado capital, pues nada tiene que envidiarle a la envidia, por ejemplo, en lo que se refiere al enrarecimiento de las relaciones humanas (...) En cuanto alguien nos dice que va a ser sincero con nosotros, nos ponemos de forma instintiva en lo peor, dispuestos a soportar cualquier agresión verbal impropia de seres pertenecientes a una civilización que durante siglos ha tenido que inventar antídotos contra la sinceridad: la educación, la prudencia y la hipocresía, esas tres mártires ideológicas de la edad moderna (*El ocaso y el oriente*, pp. 101-102).

A diferencia de los columnistas que buscan reconocimiento en lugar de conocimiento, Felipe Benítez trata los temas de cualquier condición con desenfado, erudición y una lógica rigurosa. Si en sus ensayos literarios era capaz de contemporizar a clásicos y contemporáneos, en sus artículos acerca de la actualidad le agradecemos la irreverente capacidad de entreverar los asuntos más solemnes con los más triviales:

La culpa de que el fútbol sea un problema de Estado sólo la tiene la condición intrínsecamente problemática de cualquier manifestación espiritual basada en el culto masivo a un meteorito, a una imagen sacra cuajada de oros barrocos o a un balón. Si en España hubiese consenso sobre la necesidad del fútbol como materia espiritual básica, el fútbol podría nacionalizarse, con lo cual las cadenas de televisión resolverían sus problemas de competencia si no de una manera salomónica, sí al menos de un modo marxista (*El ocaso y el oriente*, pp. 126-127).

Y es que Benítez Reyes contempla el mundo con la lúcida perplejidad de una de sus criaturas: Walter Arias, el genial protagonista de *El novio del mundo*.

El *copy right* del paraíso

El «walterismo» se nos presentaba como una doctrina a caballo entre Descartes y el barón de Munchausen, como una estética a medio camino del surrealismo y el marqués de Churriguera, como una ideología trufada de troskismo y psicoanálisis, como una filosofía —en suma— basada en la falosofía.

Como Walter Arias, Felipe Benítez padece la enfermedad de la melancolía y reduce el mundo al mundo del circo. Mismamente como aquel Circo Internacional del Pensamiento Bufo en el que los payasos se especializaban en Teorías Generales. ¿Pero existen las Teorías Generales? ¿Qué Teoría General podría formular o dilucidar aquel estudiante de filosofía que acaba de leer a Ciorán en una edición chilena llena de erratas? Walter Arias lo tiene muy claro: la melancolía. Benítez Reyes también lo tiene claro: el walterismo.

Los artículos de Felipe están emparentados con su obra poética y narrativa, con esos náufragos improbables que viajan con maletas de humo. La obra de Benítez Reyes —la efímera y la perdurable— es de una asombrosa coherencia por lo que tiene de esférica, de universo cerrado, de bibelot mágico.

Y es que ya se trate de novela, poesía, columna o relato, la obra de Felipe es para sacarse la chistera.

Sevilla, primavera del 2001